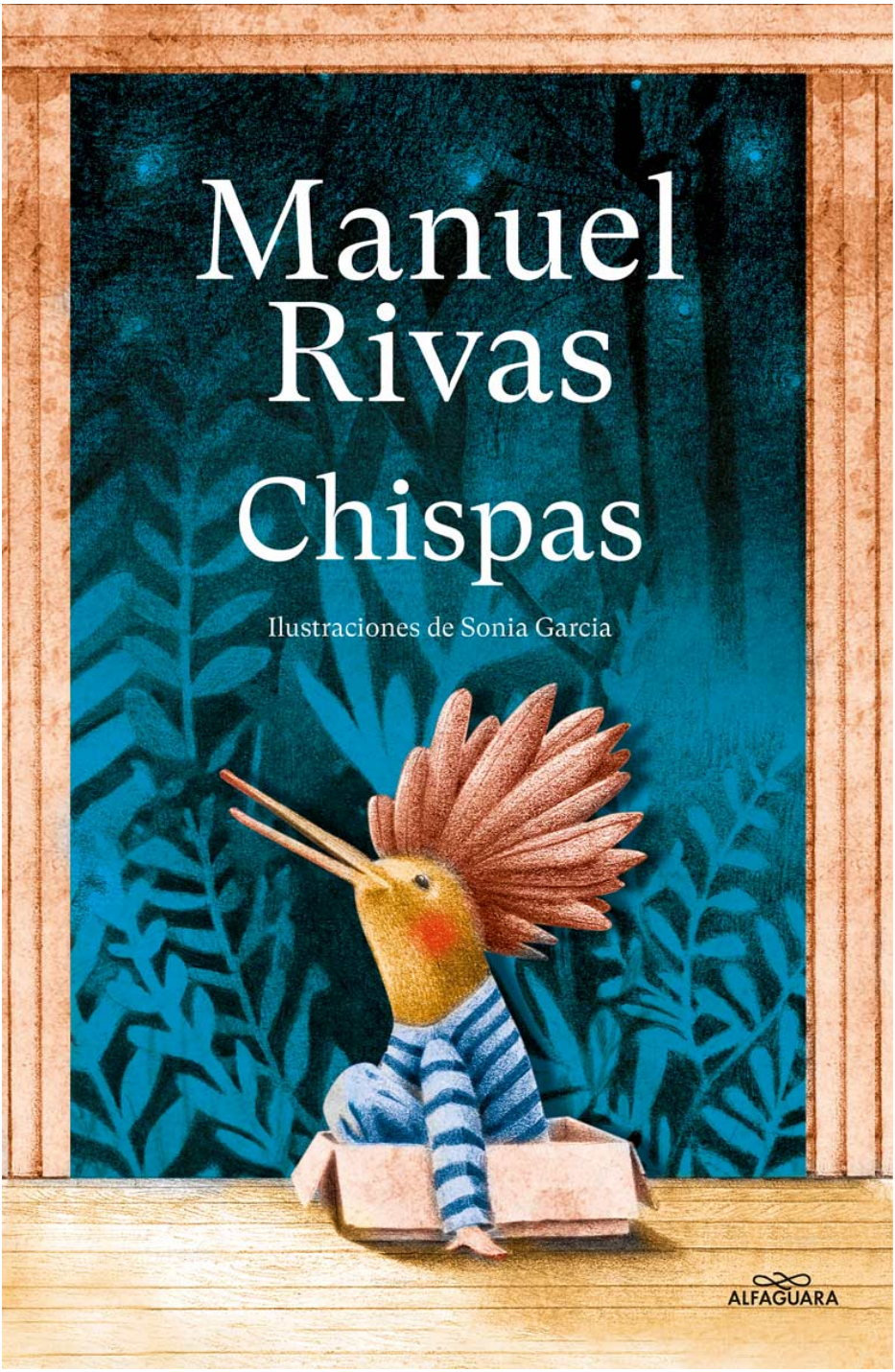
Manuel Rivas

Chispas

Ilustraciones de Sonia Garcia



ALFAGUARA

Manuel Rivas

Chispas

Ilustraciones de
Sonia García

ALFAGUARA

- I -
La Fuente del Habla

Soy feo, soy triste y además estoy enamorado.

Mi nombre es Chispas. El Chispas.

Heredé el apodo de mi padre. Era electricista y se murió mientras colocaba las luces de Navidad en la calle. Yo era muy pequeño. Me dijeron que lo había fulminado un rayo mientras se oían los villancicos por los altavoces.

Yo soy músico. Músico, músico. Músico de la música.

Un músico cósmico.

No, cómico no. Eso es una confusión, un error, una disonancia, una cacofonía, una chorrada, una chufla de cuatro ignorantes. Eso de que soy cómico es lo que los memos llaman ahora *fake news*, una noticia falsa. Una bola. Ni caso.

Y todo porque un día se me ocurrió decir la verdad, compartir mi secreto y contar mi historia. Una historia increíble, pero real. Nada de trola, nada de novela. Una historia, creo yo, macanuda, extraordinaria. La del primer músico cósmico.

—¿Cómico?

—Cómico, no. ¡Cósmico!

Hay gente que no es capaz de entender que hay otros mundos, aparte de este. Que va a lo suyo y ya no sale de ahí, todo el tiempo a su bola. Gente que cuando cuentas algo nuevo, algo diferente, que parece imposible, pues ya piensa que vas de fantasma o de rey del mambo.

Así que estate al loro. Cómico, no. ¡Cósmico!

Yo soy serio. Muy serio. Y músico músico. De niño, aprendí a cantar antes que a hablar.

Ya lo decía mi abuelo:

—Este chaval no llora, ¡este chaval canta!

Y todos los vecinos, los que tenían buen oído, venían a oírme llorar.

—¡Hoy lloró estilo tango, che! —dijo Mariano, emigrante argentino, que había trabajado en un boliche, una discoteca en Buenos Aires.

—La segunda llorada fue linda como un fado —dijo la señora Amalia, que vino de Portugal y había sido lavandera de niña.

—¡Pues ahora ha llorado estilo hip-hop! —dijo Mangüi, un joven marinero.

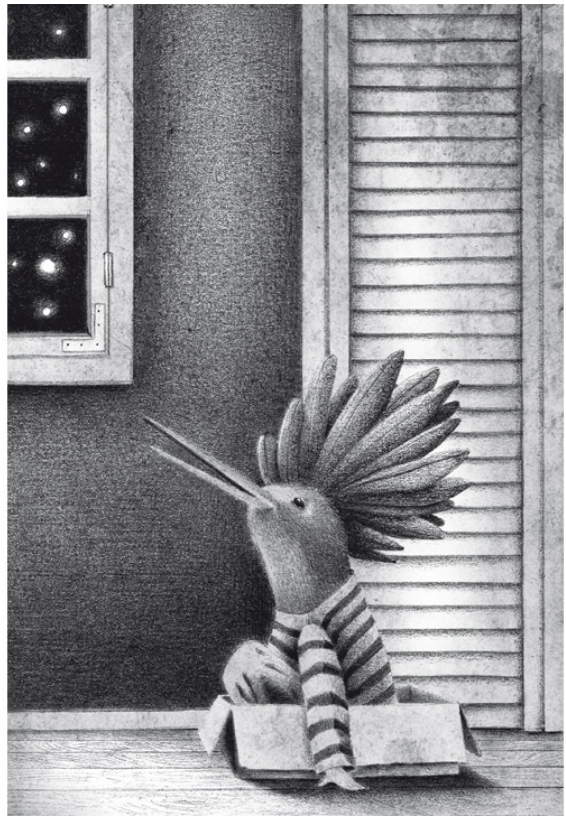
Y había días en que al llorar imitaba el canto de los pájaros.

—A ver, Chispas, ¿cómo llora la abubilla?

—¡Bub-bub, bub-bub-bub!

—¿Y cómo llora el estornino negro?

—¡Chiuuuuuuiurulirulú!



—Muy bien. ¿Y el jilguero? ¿Cómo llora el jilguero?

—¡Chugui, chiruuuuu, chuguí!

Y, según me contaron, la gente aplaudía emocionada.

—¿Y cómo lloran los delfines? —preguntó Mangüi.

—¡Los delfines no lloran! —dijo Choino, que era muy bruto.

—¿Cómo que los delfines no lloran, ignorante? —dijo Mangüi, enfadado—. ¡Tendrías que oírlos para saber lo que es llorar!

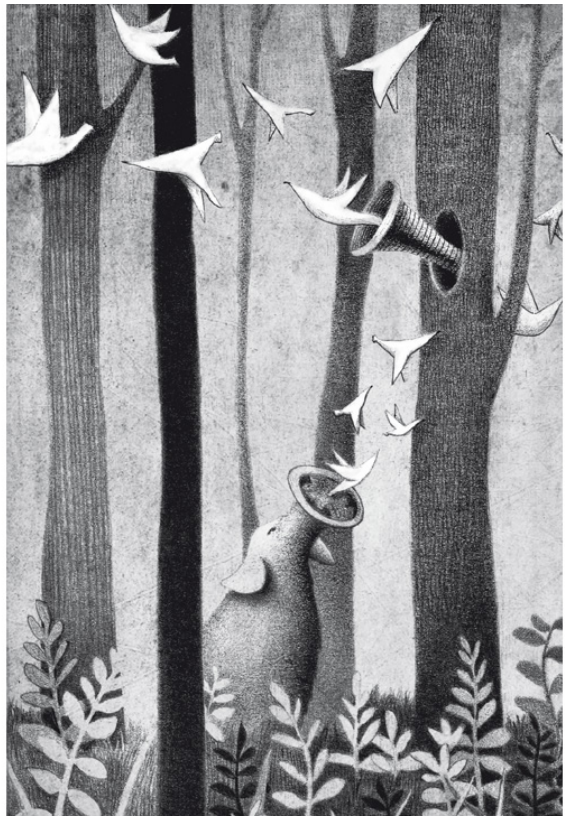
Sentí que algo especial me salía de dentro. Me puse a llorar como un delfín.

Y todo el mundo se quedó en silencio. Algunos incluso con lágrimas en los ojos. Empezando por el bruto de Choino.

¿De qué te ríes?

Tú, sí. Sí, tú, chalado. ¿De qué te ríes? La música nació en los humanos de la misma forma que el canto en los animales. De la pena o la alegría. Del amor o de la muerte. Por eso, matar a un ruiseñor, que tanto canta de día como de noche, es un crimen que no tiene perdón. Como matar a una golondrina. Una golondrina, cuando emigra, puede recorrer diez mil kilómetros sin posarse. ¿Que dónde duerme? ¡En el cielo! ¿Que no te lo crees? Pues es verdad. Duermen en el aire, allá en lo alto, para alejarse de las rapaces y de tontainas como tú.

Un bosque es como una gran orquesta. El viento es música y cada árbol tiene la suya. La lluvia es música. Cada ola de mar tiene su clave musical, su cantinela. Eso lo saben hasta los berberechos. Incluso un mejillón fofo sabe eso. No, no estoy insultando a nadie, y menos a ti, mendrugo. Yo no vine aquí a darle cuerda a los gandules. A perder el tiempo con zascandiles. El que no quiera escuchar mi historia, que saque las bicicletas a pacer hierba.



No, no estoy enojado.

Yo soy pacífico, lo que pasa es que digo lo que pienso, al pan pan, sin tapujos.

Si estuviese enojado te ibas a enterar de lo que vale un peine.

Yo, cuando me caliento, echo humo por la nariz.

Le canto las cuarenta al lucero del alba.

Pero eso es cuando me da el tic.

¿Qué es el tic?

Mejor que no lo sepas por ahora, mejillón peludo. Pero vete preparando. Será algo que no olvidarás en tu vida.

No, a mí no me vengáis con triquiñuelas. Yo no tengo nada contra los cómicos. Yo admiro a la gente que hace reír, que despierta en nosotros esa primavera de reír. Lo que me cabrea es esa risa enlatada, esa risa artificial, que viene hecha de fábrica. Más falsa que el 30 de febrero y que una planta de plástico. Que ríes y no sabes de qué te ríes. ¡Como tú, mejillón peludo!

¿Que no te insulte, dices?

Mejillón no es un insulto. Y peludo tampoco. Son términos científicos, tío. ¿Sabías que las barbas del mejillón son más duras que el acero? Ni una ola con una potencia de quince toneladas puede arrancar un mejillón de la roca. Un temporal puede hundir un gran buque, pero no derrotar a un mejillón peludo. ¿Contento, mejillón?

¿Sí? Pues yo no. Yo soy un alma en pena, soy el campeón de las melancolías, y además soy feo como una noche sin luna. Tengo ojos de sapo, el pelo pincho y esta nariz de boxeador, como si me la hubiesen roto dos veces.

De pequeño, lo que mejor sabía hacer era caer. Imitaba bien el canto de los pájaros, pero en la cosa de volar fui un desastre. Era el niño que peor volaba de todo Estrelampo, mi pueblo. Me tiré del tejado. Suerte que debajo había un pajar. Me tiré de lo alto de un árbol. Suerte que debajo estaba el río. Me tiré de la bicicleta en marcha. Y ahí no tuve suerte. Caí justo encima de mi nariz.

Incluso como triste soy un fracasado. Un triste que hace reír. Una cosa es hacer reír y otra que se rían de ti. Me gustaría también hacer llorar, como cuando era niño. En este mundo, lleno de felices infelices, lo difícil es que una lágrima asome a los ojos de la gente. ¿No es emocionante que alguien llore por una canción? Cualquiera se puede reír porque el

cantante resbala y se cae de culo, pero cuando la gente llora por una canción, ¿qué está pasando ahí dentro, de dónde viene esa niebla que se pone en los ojos?

La única vez que caí bien fue en la Fuente del Habla. Me tiré desde muy alto, convencido de que esa vez iba a volar, y caí justo en la pila de agua. Estaba solo y no me ahogué de milagro. Sentía saltar las ranas en el estómago. Pero cuando salí, cuando salí me di cuenta de que era capaz de entender y hablar como un libro abierto, hasta en latín.

¿De qué os reís?

Dente lupus, cornu taurus petit.

El lobo ataca con su diente, el toro con su cuerno.

Cada uno ataca con lo que tiene, ¿a que sí?

Yo ataco con mi tic.

Ese es otro misterio misterioso. Mi tic.

Yo nací en Estrelampo, donde está la Fuente del Habla. Escuchad. Ese sí que es un asunto importante. Resulta que la Fuente del Habla era una fuente que te enseñaba a hablar...

—¿Te enseñaba a hablar una fuente?

—Pues sí. ¿De qué te ríes tú, papanatas?

Enseñaba a hablar, sí. Por ejemplo, a la gente a la que se le trababan las palabras, que no arrancaba a hablar. Que tartamudeaba. O que se le escapaban las palabras a medio terminar. O que confundía el orden de las sílabas. Decía *calloba* en vez de caballo y *tozapa* en lugar de zapato y *macarón* en vez de camarón, cosas así. O que pronunciaba «l» donde hay una «r», y leía «Cuidado con el pelo» en vez de «Cuidado con el perro». O que se le formaba un nudo en la garganta y ya no se le desataba más. Gente que había perdido las palabras y no había vuelto a encontrarlas. Que se desesperaba, que tenía la idea en la cabeza pero no sabía expresarla.

Gente así iba a la Fuente del Habla, escuchaba el rumor del manantial y el sonido del agua al caer por el caño, el gorjeo en la pila y luego cómo se iba, cantando, en forma de arroyo. Y cuando eras capaz de imitar esa canción del agua, bebías un trago y ya sentías una alegría en el pecho, una fiesta de palabras, como si la fuente regase el silencio. De repente, quien tenía problemas ya hablaba como un libro abierto. Se hacía entender con la boca, con las manos, con los ojos, con el cuerpo entero. Recuerdo un chaval que tartamudeaba, tenía ese problema desde chico. Se llamaba Lolo, y era de Campolongo, pero se le conocía por el apodo de Lolololololololongo, porque siempre hay mala gente que anda a ver de qué pie cojean los demás, con la lengua afilada como una navaja, solo para chinchar.

Pues bien, a este chaval lo llevaron a la Fuente del Habla. Allí había una mujer, Aparecida, que vivía en la plaza donde estaba aquella fuente milagrosa y que cuidaba de ella. El surtidor tenía la forma de una sirena labrada en piedra y de su boca salía el caño del agua. Era preciosa y varias veces, por la noche, intentaron robarla. Por eso Aparecida estaba siempre al acecho, como un hada de la fuente. También cuidaba de las ranas de la pila, para que no las matasen. Cuando hay ranas o truchas, el agua es buena. Puedes beber sin miedo.

Las ranas también tenían nombre. Las llamábamos Moby Dick, Lola, Titánic, Simbad, Ulises... También estaba Aristófanes, que tenía un croar de risa: «¡Brekekekex, koax, koax!».

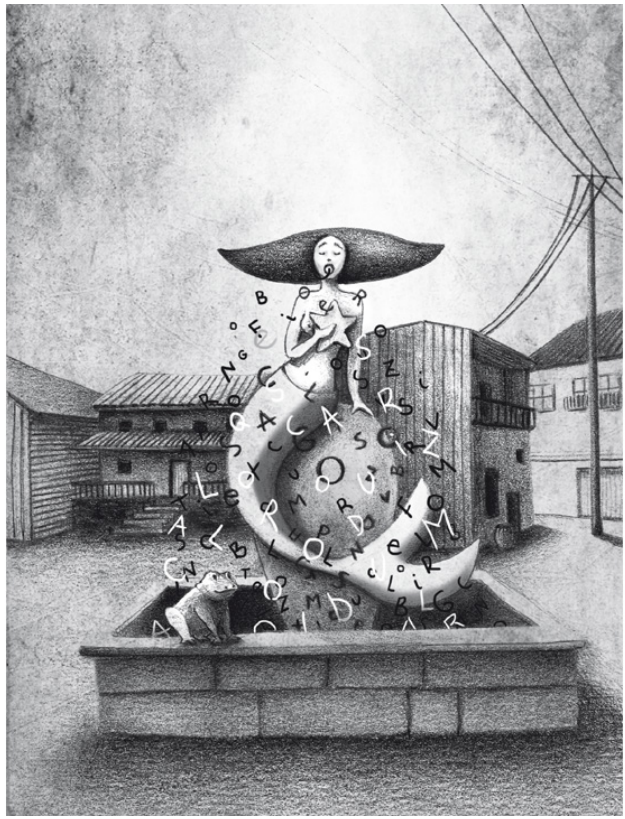
Aparecida preguntó al niño:

—¿Cómo te llamas?

Y a él le salió, sin querer, el apodo que le habían puesto:

—¡Lolololololololongo!

—Ahora vas a escuchar la fuente con mucha atención —le dijo Aparecida—. Vas a aprender su rumor, su cantar. ¿Estás de acuerdo?



El niño asintió.

—Primero bebe un trago. Luego, escucha.

Él miró fijamente la fuente y le pareció que los ojos de la sirena también lo miraban. Y llegó un momento en que de la boca del niño salió la canción del agua.

—¿Cómo te llamas?

—¡Lolo! —dijo él, de repente y de un tirón.

—Otra vez.

—Lolo. ¡Me llamo Lolo!

Y cuando algún pelma le volvía con el fastidio de Lolololololololongo, iba Lolo y le decía:

—¡Te voy a lolear yo bien loleado!

Así era como curaba las palabras la Fuente del Habla. Y a que no sabéis quién soy yo, el Chispas. Pues soy el hijo de Aparecida.

Mientras leas mi historia, te ruego que no te rías, que consideres que esto que me pasó es muy serio. Un secreto cósmico.

—¿Cómico?

¿Cómo que cómico? Ya estamos en las mismas, en la juerga. El que tenga cera en las orejas que se las limpie. Cómico, no. ¡Cósmico!

Repito. No soy cómico. No sé historias graciosas. No sé chistes. El último chiste que conté era tan malo, tan desastroso, que se hizo famoso y ahora lo repite el mundo entero por Internet: «Era un chiste tan malo, tan malo, que lo castigaron de cara a la pared por pegar a los chistes pequeñitos».

Mirad lo que pone en mi camiseta: «¡No estoy para bromas!». Mis cantos son tristes, echo el alma por la boca y me cae a los pies. Porque yo canto al amor, y el amor es triste o es un fraude, un anuncio de perfumes. El amor es un desequilibrio, una locura, un caos, un cataclismo, un terremoto, una tormenta que se lleva todos los sombreros y paraguas. El mundo se pone del revés, patas arriba. ¿Es o no es? Por eso yo amo el amor, por eso canto al amor. He intentado explicarlo mil veces, en cada actuación, pero ya me doy por vencido. Cuanto más lo explicas, más se ríen. Un alboroto, un despiporre. Pido silencio, con educación, abro la boca para presentar la primera canción, una nueva, de estreno:

—Dedicada a toda la gente que sufre mal de amores, voy a interpretar *La última carta*.

Significa algo tan sencillo como no darse por perdido, intentar salvar un amor que naufraga. Pues nada más decirlo ya hay gente que se troncha. El único que no ríe es el que

tiene cara de mejillón peludo. Ya me comprende. Ya se puso triste como yo.

—Pero ¿es que ya no hay romanticismo? ¿No hay sentimientos? —pregunto con malestar.

—Sí, hombre, sí —responde un burlón—, ¡pero es que la oficina de Correos ya cerró! Ya no llegan cartas, ni siquiera de publicidad. Y el cartero trabaja de enterrador.

Otro, el que está dale que te pego con el móvil, se chotea:

—¡Te quedaría mejor *El último wasap*!

Pero, claro, yo no voy a rendirme, a correr la cortina. No soy un bocazas, pero tampoco ando con la boca cosida.

—¡Ya veo, ya, que hoy vinisteis todos los chalados de la cuadrilla de los Cencerros!

En vez de enfadarse, se mondan de risa.

Y yo venga con las directas indirectas:

—¡Tenemos también un taller de reparación para la pandilla de los Cascos Averiados!

En lugar de abucheos, venga aplausos, vivas y aullidos victoriosos.

Insisto:

—¡Damos repuestos gratis para el grupo de los Tornillos Perdidos!

Nada. Imposible. Se mueren de risa. Solo hay un fracasado en la sala. Yo, el músico. El Chispas. Hay fiesta a tope, pero yo, el músico, soy el único que no se puede hacer oír.

Mejor dejarlos.

Poner cara de no.

Esperar, paciencia, esperar a que llegue mi momento.

A que llegue el tic.

Ocurrió algo terrible en Estrelampo.

Una catástrofe. De lo peor que podía pasar. Una desgracia que nadie se esperaba. Se secó la Fuente del Habla. No fue de un día para otro. No fue de pronto. Y quizá por esto tampoco nadie se enteró de lo que estaba pasando. La boca de la sirena echaba cada día menos agua. La de la pila perdió transparencia, se puso turbia. Las ranas, inquietas, cantaban alertas. Pero la gente decía: «Son cosas del tiempo, ya volverá el agua, ya se calmarán las ranas».

Solo Aparecida, mi madre, entendió que el desastre estaba rondando. Pero nadie le hizo caso.

—La Fuente del Habla se va a secar —avisó con un hilo de voz, como si ella también fuese a secarse.

Y denunció la causa señalando el monte Machado: «La culpa es de la cantera que están haciendo allí. ¡Ha matado al manantial! El agua ya no volverá».

—¡Cosas de Aparecida! —dijo un mandamás del ayuntamiento, Licario, a quien todos conocen por el apodo de Cacho Corbata. Y negó en redondo que aquella gran obra con maquinaria pesada en el monte Machado tuviese nada que ver con la agonía de la Fuente del Habla.

—¿Qué va a saber esa bruja chocha de dónde viene el agua? —dijo el Cacho Corbata—. ¿O acaso tiene un visor mágico para ver por debajo de la tierra? El agua tanto puede venir del monte Machado como del Amazonas.

Era muy mentiroso. Aparecida siempre decía de él: «Por cada verdad que dice le cae un diente, y aún los tiene todos». Pero la mayoría de los vecinos le dio la razón al Cacho Corbata, o a lo mejor es que nadie quiso llevarle la contraria.

—¡Cosas de viejos!

—¡Se le ha ido la olla!

—Esa Aparecida está como una cabra.

—¡Qué se va a secar la fuente! Si no tiene agua este año, ya echará más para el que viene.

—¡Siempre ha sido así! ¡Ya lloverá!

Pero no fue así. La víspera de morir Aparecida, la fuente dejó de manar.

Cayeron unas gotas como lágrimas.

En la pila quedó un poso verde viscoso, como si las ranas se hubiesen puesto todas de acuerdo y también se hubiesen muerto a la vez.

Después del entierro de mi madre, Aparecida, yo ya noté que la gente tenía un desasosiego y hablaba de una manera extraña. En vez de decir lo que se suele decir como pésame: «Lo siento mucho», «Te acompaño en el sentimiento», «Tu madre era un cielo», «La echaremos mucho de menos», «Que la tierra le sea leve», o cosas así, pues no. Lo que la gente hacía era darme la mano o abrazarme y murmurar cosas rarísimas:

—¡Si quiere borrar el mensaje, pulse 3!

—En estos momentos todos nuestros operadores están ocupados.

—Utilizamos *cookies* para asegurar que damos la mejor experiencia en nuestro sitio web.

La Fuente del Habla había perdido el agua y la gente había perdido el hilo del hablar. El Cacho Corbata se acercó para darme también el pésame. Dijo:

—La tarjeta de crédito es una tarjeta de plástico de 8,5 x 5,3 centímetros y con una banda magnética en el reverso.

Tenía el mirar extraviado y hablaba como un autómata. ¿Y a mí? También a mí estaba pasándome algo.

Fue cuando me vino el tic.

La primera vez.

Noté toda una tensión en el cuerpo.

Miré fijamente al Cacho Corbata.

Hasta que sucedió. Mi cabeza, de repente, giró, dio una vuelta entera, orbitó 360º sobre el cuello.

Y luego solté relámpagos por la boca.

Lo puse de vuelta y media:

—¡Fanfarrón, chulo, patán, abobado, zampabollos, adoquín, papanatas, figurón, granuja, tramposo, parásito, mugres, pesetero, impostor, chupóptero, paralelepípedo,

buscabullas, mamotreto, caníbal...!

Él se quedó boquiabierto, paralizado. Quiso decir algo, pero las palabras no le venían a la boca.

Y entonces sucedió lo más imprevisto. El resto de la gente comenzó a aplaudir. Nunca en mi vida de músico me habían aplaudido de esa manera. Iban recuperando su forma de hablar.

—¡Chúpate esa!

—¡Bravo por el Chispas!

—¡Toma del frasco!

Pepe *Batman*, mi viejo amigo de la infancia, que había permanecido en la sombra, gritó:

—¿Por qué nos caemos?

Y la gente, todos a una, respondió entusiasmada:

—¡Para levantarnos!

Hay cómicos, hay payasos, que se esfuerzan para hacer reír y no lo consiguen. La gente pone cara de entierro.

Cualquier cosa que yo diga, revientan de risa, estallan en carcajadas.

En otra ocasión estaba en el festival De Tas en Bas. Era la primera vez que me invitaban después de morir Aparecida, mi madre, y de que se secara la Fuente del Habla. Yo iba con mucha ilusión tras haber pasado un tiempo hundido, como muerto en vida. Hasta que oí la voz de Aparecida por el hueco de la guitarra:

—¡Tú tienes una fuente dentro, Chispas! No dejes que se seque.

Llevaba preparada una canción para estrenar. Era de lo mejor que había compuesto. Estaba convencido de que esta vez la gente adoraría mi música.

—Por favor, un poco de silencio. Para vosotros, lo mejor de mí mismo. A toda la gente que, enamorada o no, tiene espíritu rebelde: *Quiero llegar al cielo por la escalera de incendios*.

Carcajada general. Un pandemonio. Pero ¿qué tiene de gracioso? Sorprendido, observé los rostros de las primeras filas: había gente con los ojos enrojecidos, llorando de risa.

Todo eran bromas:

—¡Vete mejor en el ascensor!

—¡Prueba con un dron, Chispas!

—¿Por qué no llamas a los bomberos?

Yo traté de razonar:

—Por si alguno no se ha enterado, lo de subir por esa escalera es una metáfora.

Gran error por mi parte. En esta situación, es contraproducente dar explicaciones.

Se pusieron a corear:

—¡Metáfora! ¡Metáfora! ¡Metáfora!

Debería haberme ido con la música a otra parte o mandarlos a que fueran a pasear las cometas. Pero no pude resistirme. Yo soy un artista. Quise aclarar en qué consiste mi arte:

—El mío es un cantar diáfano.

Y ya todos aprovecharon la ocasión, nunca habían oído esa palabra, por lo visto. Repitieron en pandilla fanática:

—¡Diáfano, diáfano, diáfano!

Incluso algunos pensaron que ese era mi verdadero nombre:

—¡Bravo, Diáfano!

—Yo no soy Diáfano. Lo que quería decir es que canto con claridad. Es un... ¡sinónimo!

No había manera. No lo pillaban. Dijera lo que dijese, venga jaleo, venga follón.

—¡Sinónimo! ¡Sinónimo! ¡Sinónimo!

Probé de otro modo, a ver si encontraba la conexión.

—No. Era una broma. Ya sabéis, son cosas que salen cuando tienes delante un trasto de estos. ¡Un maldito mi-cró-fo-no!

¡Y dale que dale! Les importaba un comino. Pájaro que vuela, a la cazuela. Pensaba que la cosa iba a calmarse, pero se armó la marimorena. Era una felicidad silábica que nunca había conseguido con ninguna canción. Cientos de bocas chillaban en la noche del festival De Tas en Bas.

—¡Mi-cró-fo-no! ¡Mi-cró-fo-no! ¡Mi-cró-fo-no!

Me enfadé mucho. Pero no quería que lo supiesen. Fingí que todo era un juego que yo mismo había improvisado:

—Muy bien. Sois una gente maravillosa. Lo pilláis a la primera. Pero hay que saber parar. ¡Basta ya de jarana!

Callaron de pronto. Creí que había encontrado la palabra mágica para poner calma en aquella marabunta. Pensé, emocionado, que por fin podría cantar mis melodías y fascinarlos con mi música. Naranjas de la China. Primero se oyó un rumor, como un zumbido de despertar de abejas, y luego el murmullo fue a más, a más, una tangana creciente, una tronada humana, un bramar de gente que hizo temblar el local:

—¡Jarana, jarana, jarana!

No había manera de parar la marea de gritos. Era un bramido infinito.

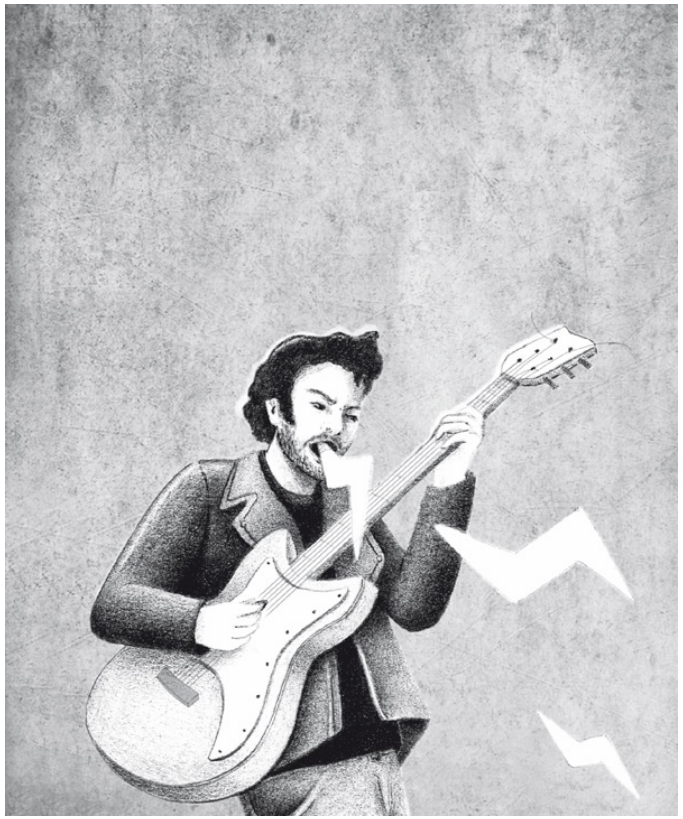
—¡Ja-ra-na, ja-ra-na, ja-ra-na!

Y entonces, llegado al límite, pasó lo que tenía que pasar. Ocurrió la mutación imparable.

Brotó en mi interior la memoria manantial de la Fuente del Habla. Se abrieron todos los candados de la boca. Era él, noté que llegaba y se apoderaba de mí.

El tic.

Cuando el tic se pone en marcha, me quedo tieso. Mi cabeza comienza a sacudirse, el movimiento de decir no, seguido, como de autómata vibrante. Pero lo más sorprendente es que en un momento determinado, sin yo decidirlo, la cabeza me da un giro completo. La órbita. Puedo ver todo lo que hay alrededor, por detrás y por delante. Se retuerce el cuello y luego vuelve a la posición inicial. Los ojos encendidos, enfurecidos, que van enfocando al público. Dejo de oírlos. Mi voz va cogiendo fuerza, incluso me parece ver las palabras tomando formas animadas en el aire como bandas de duendes y bichos voladores que, de pronto, estallan en el aire.



Ahí, ahí viene el tic con su cantar:

¡Pirados, chifladas, folloneras!
¡Locas, chalados, revoltosos!
¡Bravas, valientes, armadanzas!
¡Astros, estrellas, calaveras!
¡Somos brujas, somos demonios!
¡Fieras, lobas, lamias!
¡Orcos, trasgos, serpientes voladoras!
¡Somos brujas, somos demonios!
¡Hecatombe, cataclismo!
¡Viva la fiesta en el abismo!
¡No, no y no!
¡No estoy para nada!
¿De qué tengo cara?
¡De no, de no, de no!

¡No, no y no!
¡No estoy para nada!

Otra vez el tic. Mi cabeza giró sobre el cuello 360º.

Era increíble. Un delirio. Cuando volví al estribillo, la gente ya coreaba la canción como si llevase toda la vida cantándola como un himno. Aplaudían, brincaban, reían como si fuese la primera risa de su vida. Así nació mi gran éxito, *Somos el demonio*, mi gran triunfo.

Y todo gracias al tic. Al recuerdo rebelde de la Fuente del Habla.

- II -
La aventura cósmica

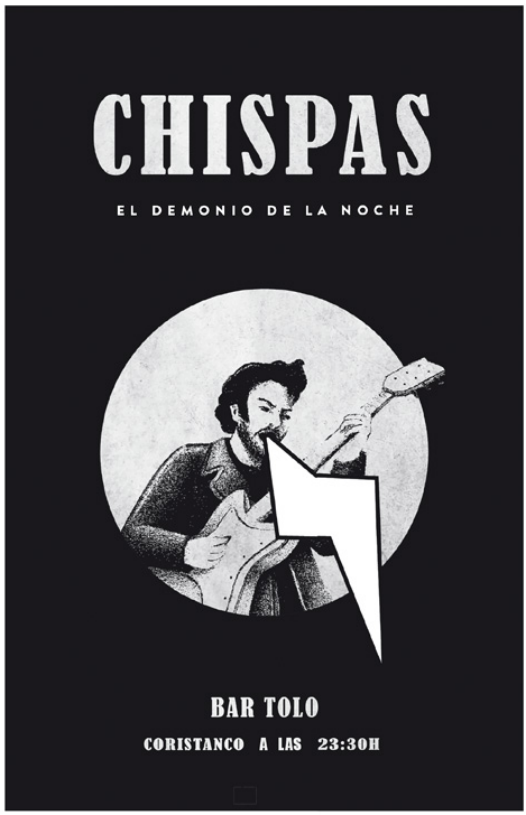
Todo cambió para mí desde aquel festival De Tas en Bas. Llegaba a los lugares y era recibido como un héroe de la música. Lo que escuchaba nada más llegar:

—¡Chispas, Chispas, Chispas! ¡Somos el demonio!

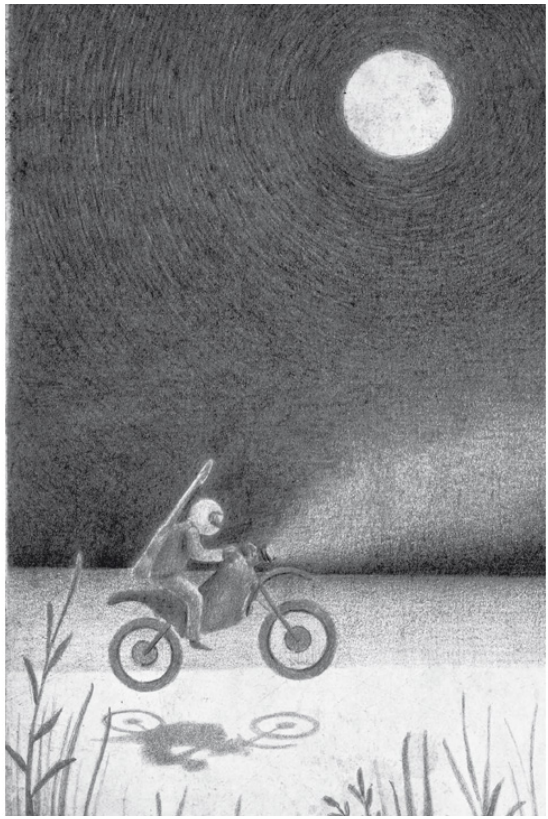
Me pusieron de sobrenombre Chispas, el Tic del Diablo. Por todas partes había carteles y vallas publicitarias con esa leyenda. A mí me daba algo de vergüenza ver aquellos anuncios. Pero me decían que la ley del espectáculo era así y que había que aprovechar la oportunidad, cazarla al vuelo.

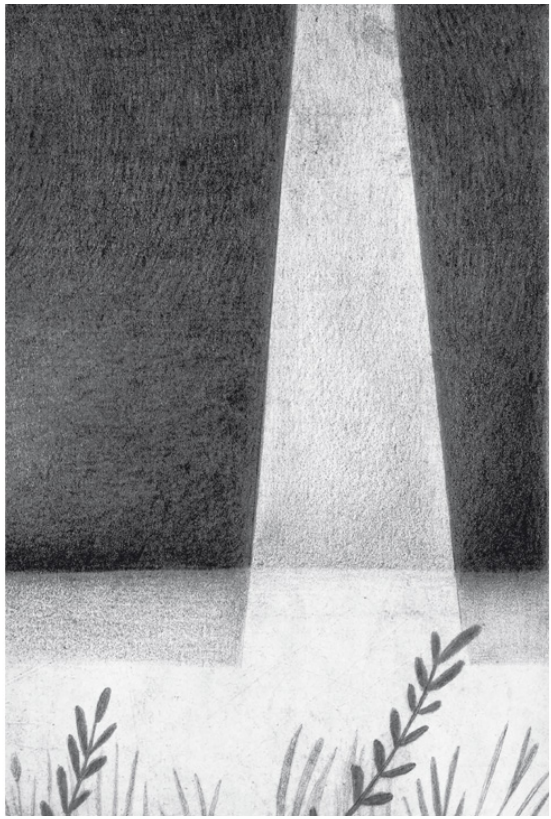
Me ofrecieron un chófer y viajar en un auto de lujo e incluso en una limusina. Pero rechacé la oferta. Yo quería ir en mi vieja moto, la Montesa, con la guitarra Electra en bandolera y mi casco Rayo en la cabeza.

Una noche, después de actuar en el festival de Salvaterra do Miño, me perdí. No sé cómo fue, tuve un despiste y comencé a dar vueltas por carreteras y pistas sin conseguir salir de ese laberinto. Pasaba una y otra vez junto a las rocas que llevan el nombre de Pena dos Namorados. Era noche cerrada y no se veía un alma por ningún lado. Comenzó a llover despacio, y agradecí aquella llovizna en la cara. Vi, de repente, unas luces giratorias y pensé que sería la Guardia de Tráfico o una ambulancia. Allí podrían ayudarme.



Me llevé una sorpresa. No eran ni guardias ni sanitarios. Tenían un foco de luz frontal que no permitía verlos bien. Y además iban enfundados en escafandras fosforescentes. Pensé hacerles una broma sobre extraterrestres extraviados.





—¡Bienvenido, Chispas! Te estábamos esperando —dijo, de pronto, uno de ellos. Hablaba en mi lengua y con un tono familiar. Tenía una voz que me recordaba a un locutor famoso de un programa de televisión. Resonaba en la noche, como si la boca fuera un altavoz.

—¿Qué, disfrazados de *Star Wars*?

Pero la voz ignoró la broma y retumbó:

—Ahora, Chispas, prepárate para el más fascinante de los viajes. ¡Vas a venir con nosotros!

—Pero ¿quiénes sois vosotros?

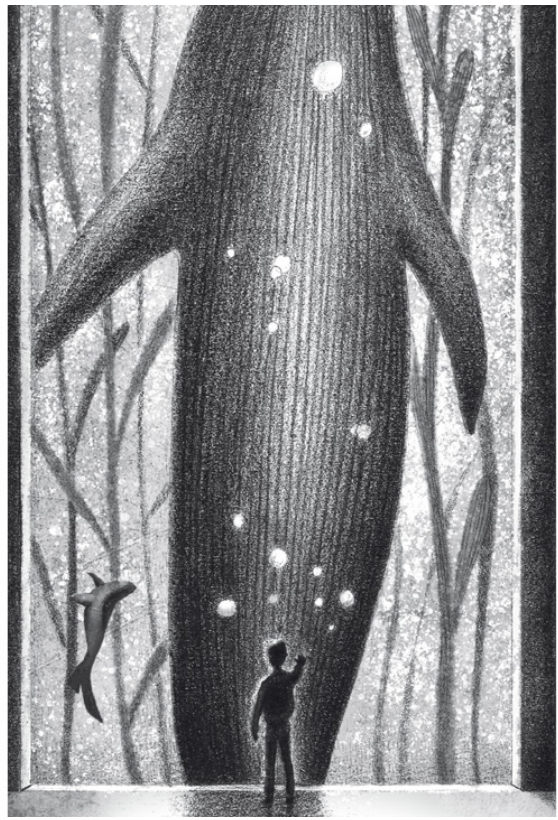
En la oscuridad de la noche, se oyó un zumbido y se encendió un gran halo de luz que mudaba de colores.

—¡Somos el demonio! —exclamó el que llevaba la voz cantante. Y soltó una gran carcajada.

Cuando desperté, estaba en un gran cuarto blanco con toda una pared acristalada que daba al mar. Parecía tan cerca que pensé que la casa estaría construida como un palafito en el agua.

Siempre había soñado con vivir en una habitación así.

Quedé hechizado, sentado en la cama, viendo las olas y sintiendo el sonido rítmico del mar.



De pronto, se abrió una puerta y entró una joven que vestía una larga túnica de color verde. Al principio me recordó, por una película antigua de la tele, a la reina faraona Cleopatra, con un peinado de trenzas rematadas en colgantes dorados y una diadema. Era muy hermosa.

Estuve a punto de exclamar: «¡Que se hunda todo Egipto en el Nilo!».

Pero estaba demasiado conmocionado con la aparición como para hacer bromas.

Se acercó sonriendo y con una bandeja de uvas, mi fruta preferida. Tenían algo extraño. Cada grano era de un color diferente.

—¡Bienvenido a Mutandi! —me dijo.

Me sentía muy confuso, como quien vive, de repente, en la realidad y en la ficción al mismo tiempo. Pero, además, lo

que tenía también era mucha hambre. Y me puse a comer las uvas. A cada color correspondía un sabor. Todo mi cuerpo revivió.

—¿Están sabrosas? —preguntó ella.

—¡Nunca había probado nada igual! —le dije. Y seguí comiendo.

—Las imaginé esta mañana —explicó ella.

—¿«Las imaginé»? ¿Cómo que las imaginaste? —pregunté.

—¿No sabes lo que es imaginar?

—¡Sí que sé lo que es imaginar! Pero ¿qué es eso de imaginar unas uvas de colores y que aparezcan uvas de colores? ¿Caen del cielo? ¿Eres una maga? O tienes uvas o no las tienes.

Ella permaneció callada y sonriente. Creo que me miraba divertida. De cerca, su rostro tenía poco que ver con Cleopatra, solo por la nariz. Era hermosa, sí, y muy joven. Más bien tenía los rasgos de una inuit del Ártico.

—Imaginas una cosa, algo que no existía antes —dijo por fin—, y solo tienes que conectar con Producción de Realidad.

—¿Cualquier cosa? —pregunté yo con cara de tonto.

—No, cualquier cosa no —contestó con aire enigmático, mirando hacia la ventana—. ¿Te gusta el mar?

—Mucho. ¿No será imaginado? ¡Dime que es de verdad!

—¿Preferirías un bosque?

—Tampoco estaría mal. Con los colores de otoño, con pájaros, con una catarata al fondo.

—Pues ahí lo tienes —dijo.

Y allí estaba. El bosque dorado, el caer melancólico de las hojas, el trino de mirlos y petirrojos, la música natural de la catarata.

—Eres como una hada —murmuré, asombrado—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Aux —respondió. Su voz tenía, de repente, un tono muy serio.

—¿Aux?

Se quedó un rato en silencio. Luego dijo con voz neutra, mecánica:

—Una abreviatura. Mi nombre completo es Auxiliar del Palacio Imperial 2984.

—Todo esto, tú y yo, ¿forma parte de un sueño o es

realidad?

—Ahora estás en un círculo de la realidad —dijo Aux—. La Tierra es un círculo de realidad. Mutandi es otro círculo de realidad. Una dimensión diferente. Aquí el tiempo es un futuro presente y el espacio, una profundidad superficial.

Yo no entendía nada. Me encogí de hombros. Aquello del futuro presente me sonaba a un chiste para relojeros. Pero ella me pareció, desde luego, parte de una realidad maravillosa.

—¿Por qué estoy aquí, Aux?

—Porque eres un invitado especial de los cracks.

—¿Los cracks?

—Son los habitantes de Mutandi.

—¿Por qué me han invitado los cracks?

Ella sonrió:

—¡Porque te admiran! ¡Eres su ídolo!

Me eché a reír. Me parecía todo una comedia. O una pesadilla. Tal vez alguien había organizado toda esta pantomima para tomarme el pelo. Habría cámaras escondidas y estarían viéndome en monitores, en directo, riéndose a carcajadas.

—Pero ¿por qué me admiran los cracks?

Ella me respondió sorprendida de mi propia ignorancia:

—¡Tú eres el Chispas, el personaje de moda! Aquí todo el mundo tararea tus canciones. Todo el mundo se sabe de memoria *Somos el demonio*. Es la primera en la Lista de Éxitos Universal. ¡Eres el crack de los cracks!

Yo dudaba de todo, pero decidí seguirle el juego. Mi cabeza era un tiovivo. ¡Y Aux parecía tan auténtica!

—No entiendo cómo puedo ser famoso en un Sistema Exterior, si ni siquiera soy conocido en el Sistema Interior.

—En Mutandi no hay estaciones como en la Tierra. No hay primavera, verano, otoño e invierno. Lo que hay son Modas. El tiempo se mide por Modas. Ahora mismo la Moda de Mutandi es el estilo Planeta Tierra. Por eso, esta temporada, todo en Mutandi tiene la forma terrestre. Y tu tic es imitado por todos los cracks.

—¿Todos participan de esa moda?

—Todos. El mayor miedo de un crack es no estar a la moda. Es un síndrome al que llaman MAPA, que significa

Miedo A Perderse Algo. A quedar fuera de juego.

—Pero ¿solo les interesa mi tic?

—El tic y la manera de cantar insultos. En todas partes escuchas a todas horas *Somos el demonio*.

E imitó mi forma de cantar:

¡No estoy para nada!

¡Tengo cara de no, de no, de no!

—¿Y a ti te gusta mi tic?

En ese momento me observó con el ceño fruncido, como quien se pregunta: «¿Puedes dudarlo?». De pronto, hizo girar su cabeza por completo. Me miró fijamente. Y volvió a la posición inicial.

—Haces el tic mejor que nadie —dije, hechizado.

—En realidad, fuimos los aux quienes pusimos de moda tu tic.

—¿Y cómo me descubristeis?

—Fue un aux Explorador del Firmamento. Son los espías de novedades. Recorren el espacio y traen *asombros* para disfrute de los cracks. Imágenes y sonidos de cosas sorprendentes y desconocidas. Algunas se convierten en Gran Tendencia Crack. Eso es lo que ocurrió con tu tic.

Sonrió: «Todo Mutandi se pirra por tu Tic del Demonio».

Aux me explicó todo lo que me correspondía saber como invitado crack. Mutandi era un planeta fuera del sistema solar al que pertenece la Tierra, pero no muy alejado en la galaxia. Intentó explicarme de nuevo, sin mucho éxito, en qué consistía la dimensión del futuro presente y la profundidad superficial. Me vio cara de mareo y se echó a reír.

—¿Y por qué no se conoce Mutandi en la Tierra? —le pregunté—. ¿Por qué no es detectado por los telescopios, por la observación astronómica?

—Silencio negativo —dijo Aux, otra vez con su voz seria.

Comprendí que había una serie de cosas que yo no podía saber ni ella podía responder. Que eran materia secreta. Así que dejé de interrumpir y me dispuse a oír su explicación.

Mutandi estaba habitada por los cracks, que eran mutantes y, a su manera, inmortales. En el planeta siempre había el mismo número de cracks. Se autorreproducían. Un crack podía ser, por ejemplo, abuelo de sí mismo. Podían cambiar de nombre y de forma. Lo que no variaba nunca era su código de crack. Era intransferible. Por eso eran los dueños absolutos de Mutandi. Nadie del exterior podía acceder al código ni formar parte de la estirpe de cracks de Mutandi.

Lo que estaba oyendo no me gustó nada.

—Perdona, Aux, pero antes has dicho que yo era un crack de cracks en Mutandi.

Se quedó pensativa. Creí que no iba a responder.

—Eres un invitado, Chispas. Serás crack mientras dure la moda.

—¿Y cuánto dura la moda? —pregunté. Empezaba a estar nervioso.

—Depende. A veces cambian de un día para otro. A veces dura varias estaciones.

Miró a lo lejos con aire melancólico y prosiguió con su informe.

—En Mutandi, los viejos robots fueron sustituidos por aux. Pero no fueron los cracks los que inventaron a los aux. Un grupo de antiguos robots, conocidos como Los Clásicos, decidieron crear, antes de desaparecer ellos mismos por obsoletos, un tipo de robots que alcanzasen el máximo de la Inteligencia Artificial. Y, desde luego, lo consiguieron. Traspasaron ese límite y crearon máquinas sensibles, con conciencia: los aux. Al igual que los viejos robots, estos trabajaron para los cracks. Pero algunos se rebelaron, pidieron que se les considerara seres libres de Mutandi. Los cracks se enojaron mucho. Esos primeros aux fueron llevados a Centros de Desconexión del Hemisferio Emocional.

»Ahora Mutandi vive en paz —continuó ella—. Los aux estamos agradecidos. Nuestra misión es trabajar como máquinas inteligentes y hacer felices a los cracks.

Por un momento pensé que no era Aux 2984 quien hablaba, sino que estaba escuchando una especie de discurso grabado. Pero no era así.

Me explicó que cada crack podía tener a su servicio uno o varios aux. Eso dependía de su poder y riqueza, que se medían en posesión de premiums. Los premiums eran algo así como la moneda oficial de Mutandi. No estaba permitido que los aux poseyeran premiums. Entre ellos, podían hacer intercambios con likes, el antiguo dinero de los cracks, que había perdido casi todo su valor. Los likes se consideraban una especie de calderilla y se utilizaban para juegos virtuales en los Parques Temáticos de la Alegría.

—En realidad, no necesitamos nada más. Los cracks, en cambio, necesitan premiums porque a veces son infelices.

—¿Y tú también puedes estar triste?

—Negativo. Nunca. Los aux siempre somos felices.

Cuando lo dijo, como una afirmación indiscutible, me quedé muy sorprendido.

—¿Estás segura de que no puedes estar triste?

—Segura. Los aux tenemos desactivado lo que llaman tristeza. No existe en nuestro programa.

—Y si te dan una orden injusta, ¿puedes desobedecer a un crack?

—Negativo. La orden de un crack nunca es injusta para un aux.

Había activado el modo automático. Su rostro permanecía inexpresivo y el tono de voz era neutro.

—En Mutandi —siguió explicando ella—, el sistema de gobierno es el CCCC, siglas del Campeonato Continuo Competitivo de Cracks. Quien manda es el Campeón Imperial Mutante, que siempre decide lo mejor para la vida de los cracks.

—¿Lo mejor siempre?

—Él está conectado con todos los cracks. Sabe lo que quieren. Si están tristes, les inyecta un *asombro*.

—Entonces, ¿un crack no puede desconectarse?

—Negativo.

—¿Y los aux?

—Los aux sirven a los cracks y obedecen al Campeón Imperial Mutante, ese es su destino y así son felices. Los cracks tienen que estar siempre entretenidos. Por eso los Exploradores del Firmamento buscan constantemente *asombros*.

Me miró fijamente. Sus ojos tenían el color gris de un cielo nublado. De repente, cambió de tema y su voz sonó más alegre.

—¡Ahora vamos a hablar de ti!

—¿De mí?

—De tu gira por Mutandi. Todas las entradas de los conciertos están vendidas. Todos los cracks están a la espera.

—¿Y los aux?

—Negativo.

Esta vez añadió algo, en voz muy baja:

—Los aux no van a los conciertos. No pueden ir.

—¿Y tú?

—Yo soy la excepción. Estoy a tu servicio. Soy tu aux.

«¡Mi aux!», pensé. Y sentí que mi corazón latía a cien, redoblaba como un tambor y daba una voltereta: también tenía el tic.

Yo, que de niño caía siempre como un pelele, todo machacado por la manía aquella de volar, viajaba ahora con alas fotovoltaicas. Enfundado en el Dragon-Fly, me sentía ligero como un insecto. Aux me guiaba por el cielo de Mutandi y parecíamos dos grandes libélulas con brillantes élitros de color esmeralda.

Y así me posaba yo en los escenarios de los conciertos. Como una gran libélula, que en mi país llamamos también Caballito del Diablo.

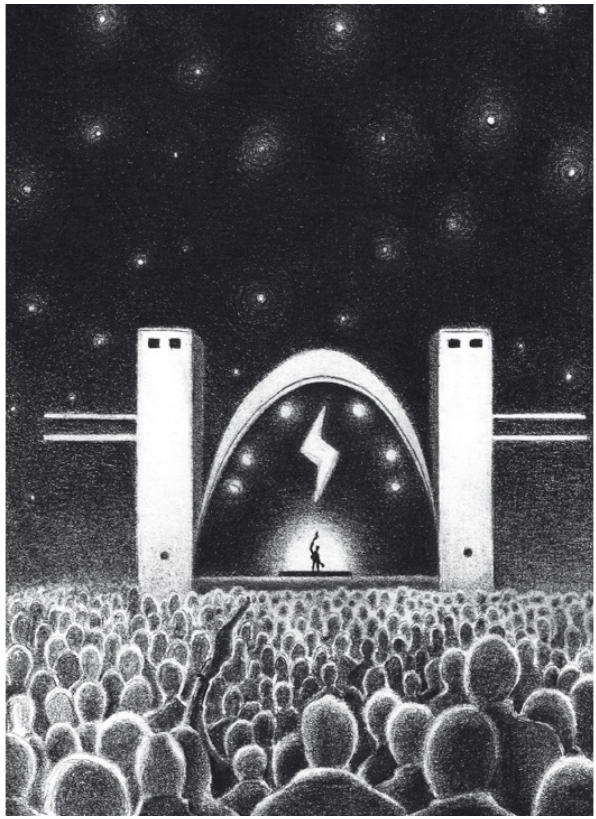
Cada llegada era un frenesí y el ritmo ya no iba nunca a menos.

Dijese lo que dijese, hiciera lo que hiciera, los cracks lo celebraban como una genialidad.

Yo llevaba atado al cuello un pañuelo negro con una calavera. Ya en el primer concierto, me lo quité y lo hice ondear como una bandera pirata. Enseguida, los miles de cracks hicieron lo mismo. ¡Cada uno tenía ya su pañuelo pirata! Todos sabían y controlaban las canciones. Bailaban sin sosiego.

Cada concierto se anunciaba como un acontecimiento histórico. Y yo también lo creí. Que Chispas era un dios. El crack de los cracks. El verdadero Campeón. Aquella gente estaba loca por mí, por lo que hacía y cantaba. No pasaría nunca de moda.

Y el momento de máximo entusiasmo, de apoteosis, era cuando giraba la cabeza haciendo el tic. Imitaban a la perfección el movimiento giratorio. Gritaban conmigo: «¡Tengo cara de no, de no, de no!».



Al principio, al aterrizar en cada escenario, en medio de la aclamación, tenía que convencerme de que no estaba viviendo un sueño.

No, no lo era. Toda aquella gente estaba allí. Y yo era su ídolo. No chillaban «¡Sinónimo, sinónimo, sinónimo!», ni tonterías del estilo. Eran fans apasionados que gritaban el nombre de su estrella: «¡Chispas, Chispas, Chispas!».

No era un montaje, no era un cuento. Podía verlos. Podía sentirlos.

Tocarlos, no. Eso era cierto. Me enteré de que jamás nadie había tocado a un crack. De alguna manera, cada actuación era como estar dentro de un videoclip. Alguna vez intenté acercarme al público, pero nunca lo conseguía. Me parecía que sí. Que ya las yemas de los dedos iban a rozar a los de las primeras filas. Que podría chocar las manos con ellos. Imposible. Avanzaba, pero no avanzaba. Ellos no parecían

moverse, como si me esperaran. Pero la distancia siempre se mantenía. Extraña gente, los cracks. Llegué a pensar que eran y no eran. Como proyecciones luminosas en tres dimensiones. Un día me atreví a preguntar a Aux, por lo bajini:

—Oye, Aux, ¿los cracks son seres reales?

Ella me miró horrorizada, asustada por la pregunta, y dijo algo enigmático:

—¿Reales? ¡Son más que reales! Son los que fabrican la realidad.

Yo era un invitado de honor en Mutandi. Aux me lo hacía saber cada mañana, cuando venía con su bandeja de uvas. Y me mostraba en una pantalla las noticias de los informativos que hablaban de mí. Me adoraban. Era el triunfador, la gran celebridad del momento.

Como estaba hospedado en el Palacio Imperial de Mutandi, le pregunté si alguna vez podría ver al Campeón Imperial. Y Aux me respondió, con el tono de quien responde a un niño:

—El Campeón Imperial Mutante es invisible, pero te ve y te oye todo el tiempo. Deberías darle las gracias.

Miré alrededor, no vi nada, pero obedecí:

—¡Gracias, Excelentísimo Campeón Imperial Mutante, por darme esta oportunidad de triunfar en Mutandi!

Por un instante me pareció oír a lo lejos el croar de la rana Aristófanes: «¡Brekekekex, koax, koax!». Pero no. Esa risa que retumbaba era siniestra. Una risa con ecos sepulcrales. Como si el Campeón Imperial Mutante fuera un fantasma con muchas bocas.

En el tiempo libre, cuando no había conciertos, paseaba con Aux por los jardines del Palacio Imperial. Un día ella notó que yo estaba triste, ensimismado en mi propia sombra.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella, al darse cuenta de mi desánimo—. ¿Necesitas algo?

Le iba a decir algo relativo al amor, pero callé. Tenía miedo de meterla en problemas. Aux era una robot al servicio del Palacio Imperial. Su posición era muy delicada. Tenía que andarse con cuidado. El propio jardín estaba lleno de grandes mariposas, como las que llaman alas de pájaro. Eran de una belleza fascinante. En la Tierra están casi extinguidas. En lugar de escapar, algunas nos seguían muy cerca. Pronto me di cuenta de que, en realidad, eran falsas. Eran bicho-bots

vigilantes, con microcámaras.

Aux me había explicado un día que su número, el 2984, correspondía a la fecha de su caducidad. Así era como llamaban a la muerte: caducar. Decir de alguien que «caducó» significaba que había muerto.

—Pero aún falta mucho para eso —dije.

—No, falta poco —replicó Aux—. En el calendario de Mutandi, muy poco.

—Pero ¿cuánto es muy poco?

—Silencio negativo —dijo ella.

Pensé que era mejor cambiar de tema, hablar de otra cosa.

—Echo de menos algo, sí. Echo de menos la lluvia. Soy de un país de lluvia. Soy un humano anfibio y tengo miedo de secarme.

Sonrió. Qué bien.

—Pues vamos a la lluvia —resolvió—. ¿Cómo quieres la lluvia? Chaparrón, aguacero, chubasco, llovizna, aguanieve, diluvio, turbión, calabobos... Hay por lo menos cien maneras de llover, ¿no es así?

—¡Es increíble! ¿Cómo puedes saber todo eso?

—Te olvidas de que soy una inteligencia artificial —señaló Aux—. Todo está en el programa.

—Para mí eres una inteligencia muy naturalmente natural.

—Silencio negativo —dijo.

—¡Silencio positivo! —exclamé yo.

Cuando se reía, como en ese momento, lo que yo veía era a la chica inuit. Caía una suave llovizna, una lluvia cariñosa, y se notaba una alegría en árboles y plantas. Le conté la historia de la Fuente del Habla.

—¿Cómo se dice «lluvia» en inuit? —pregunté.

Aux no pareció extrañarse por la pregunta. Respondió de inmediato:

—*Sialuk*.

—¿Y cómo se dice «estoy bien»?

—*Ajunngilanga*.

—*Sialuk, ajunngilanga.* Lluvia, me siento bien. ¿Puedo llamarte Sialuk?

—Silencio negativo —dijo ella de pronto, muy seria—. Mi nombre es Aux 2984. No te olvides.

Y vi la lluvia de verdad en sus ojos.

Entramos en un mirador de aves.

Decías el nombre de una y ya podías verla volar o nadar en la laguna. Yo tengo un cuaderno viejo. Pequeño, de bolsillo. Ahí es donde anoto ideas para canciones y partituras. También hago dibujos de campo. Cosas sencillas.

Aux me miraba con mucha curiosidad cuando yo escribía o dibujaba algo con mi pequeño lápiz.

Los cuadernos eran algo que no existía en Mutandi.

—¿Quieres que te enseñe?

—Creo que ya sé —dijo ella—. Cuando tú haces una cosa desconocida, yo proceso. Escarbo en las ruinas de la memoria de la humanidad. Puedo rescatar cosas antiguas.

—Entonces lo harás mejor que yo —dije—. Soy muy imperfecto.

Me di cuenta de que no le gustaba lo que acababa de decir.

—Yo también soy imperfecta —dijo en voz baja—. Pero a una robot no se le permite la imperfección.

Y me pareció que entraba en ella algo parecido a la tristeza.

Al día siguiente, cuando vino a despertarme, Aux no traía una bandeja con fruta. En silencio, cogió el cuaderno que yo había dejado encima de una mesa, se sentó en la orilla de la cama, y escribió a lápiz, tapando sus trazos con la mano izquierda. Me pasó el cuaderno y, del mismo modo secreto, leí enseguida lo que decía:

«Te van a caducar.
Fin de la moda humana».

Comprendí. Me iban a hacer desaparecer. Borré lo que estaba escrito. Escribí:

«Gracias, Sialuk».

Ella volvió a escribir. Decía que quería salvarme. Que me llevaría a la Tierra durante el período de Stand-by General.

Era el equivalente a la noche en Mutandi.

«¿Y tú? ¿Qué será de ti?».

No hubo respuesta. Arrancó del cuaderno la hoja donde yo había escrito la pregunta y se marchó. Comprendí que teníamos en nuestras manos una herramienta de salvación extraordinaria. La escritura y la lectura eran algo que había desaparecido de Mutandi. Como un resto arqueológico.

Aquella noche, después del concierto, Aux y yo volamos con los Dragon-fly, pero no me guio hacia el Palacio Imperial. Ella cambió de rumbo de repente y yo la seguí. Atravesamos Las Perturbaciones, un espacio considerado maldito en Mutandi. Nos sacudían fortísimas rachas de viento y pasaban silbando piedras de granizo semejantes a puntas de flecha. Parecía que los grandes rayos iban a quebrarlo todo como se quiebra un espejo. Yo estaba aterrorizado, pero Aux me miraba con serenidad y me daba confianza.

El roce de un rayo me quemó una de las alas y comencé a perder altura sin control. Aux se dio cuenta y vino en mi rescate. Pude agarrarme a sus élitros y luego me sujeté con fuerza a su cuerpo acorazado. Volábamos entre relámpagos como una gran libélula con dos cabezas.

De repente, se extendió ante nosotros una telaraña luminosa que nos atrapó. Era como una red gigantesca y fosforescente. Una trampa espacial. Veíamos ya acercarse una patrulla de Robot-Killers, antiguos miembros de la Guardia Imperial Crack, convertidos en bandidos del Espacio Exterior y asaltantes de exoplanetas. Había oído que eran crueles. De la peor calaña de forajidos del cosmos.

—¡Tienes que darme neutrófilos! —gritó Aux.

Yo no tenía ni idea de lo que me pedía. Ella me agarró una mano con energía y me clavó una de sus largas uñas en la palma hasta hacerla sangrar. Con mi sangre tocó un hilo de la trampa luminosa; la telaraña se desvaneció al instante y pudimos volar libres.

Nos posamos al fin en un lugar que parecía una gran montaña de chatarra. Al poco, algunos bultos comenzaron a moverse en aquellos montones ruinosos. Cuando emergieron, eran seres semejantes a grandes y deformes escarabajos metálicos.

—No tengas miedo, son Monstruos —dijo Aux.

—¿Monstruos? —pregunté, extrañado y asustado.

—Sí. Así llaman a los aux rebeldes. Los huidos antes de que los cracks los eliminaran en centros de desconexión. Tomaron la forma de monstruos para sobrevivir. Van a ayudarnos.

Se movían con asombrosa celeridad. Al poco, despejaron un lateral del depósito y quedó a cielo abierto una nave en una rampa de despegue.

—Es un cacharro, pero funciona —dijo Aux.

Y fue lo último que oí.

Cuando desperté en la Tierra, ya no encontré ni rastro de la nave. Solo había un papel a mi lado con una pregunta escrita:

«¿Y tú? ¿Qué será de ti?».

Y una breve respuesta:

«Ajunngilanga
Sialuk».

Allí estaba mi moto Montesa, cerca del río Tea, afluente del Miño, donde la había dejado. Y apoyada en ella, la guitarra Electra. Me la colgué en bandolera. Arranqué por la carretera de Salvaterra, cerca de la frontera con Portugal. Sentí la llovizna en la cara.

Estoy bien, Lluvia.

—¿Qué ha dicho? —preguntó la doctora.

—Que se encuentra bien —respondió la enfermera—. Me ha llamado Lluvia.

—Pobre muchacho, está delirando. Está muy malherido. Se salvó de milagro.

—Los del rescate comentaron que habían tardado mucho en encontrarlo. Ha debido de pasar la noche entera allí, en el fondo del barranco. —Y la enfermera auxiliar añadió—: Es curioso. Llevaba este papelito en la mano y no lo soltaba, con el puño muy cerrado.

La doctora leyó el papel.

—«¿Y tú? ¿Qué será de ti?». Buena pregunta. Pero lo que viene después no se entiende nada. ¡Qué idioma más extraño!

El motorista accidentado volvió a removerse y murmuró algo.

—¿Qué ha dicho?

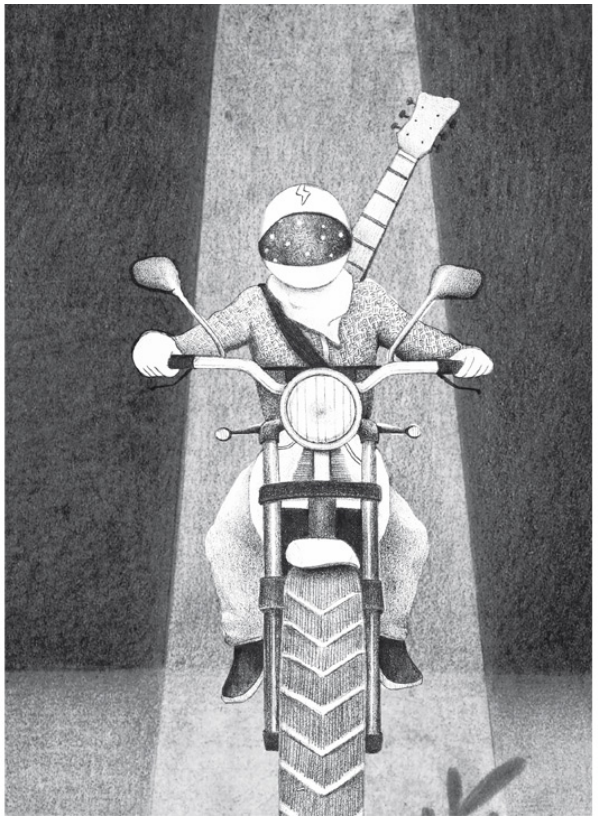
—Algo sobre una fuente —respondió la enfermera auxiliar —. ¡Una fuente que habla!

—Tiene la boca muy seca. Mójasela con mucho cuidado.

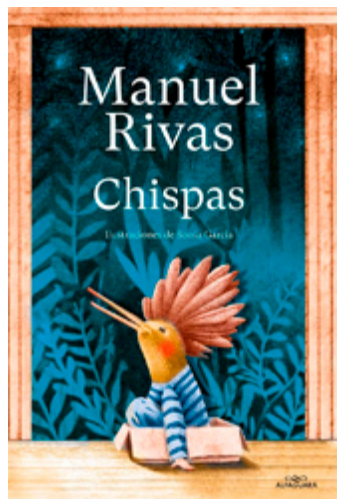
La enfermera le pasó con suavidad una gasa humedecida por los labios. El Chispas parpadeó, abrió los ojos, sonrió dolorido.

—¡Gracias, Aux!

-Fin-



Una divertida e ingeniosa alegoría del mundo moderno escrita por Manuel Rivas, una de las grandes plumas de la literatura española.



Chispas es músico. A él le gustaría ser un artista cósmico, pero la gente de su pueblo, Entrelampo, lo considera más bien un cómico. Un cómico no demasiado bueno, además. Hasta el día que la Fuente del Habla convierte sus canciones en mágicas y a Chispas en una estrella del rock. Solo que… no en nuestro mundo, sino en el lejano planeta Mutandi, gobernado por los Cracks, unos seres cuya realidad se rige por modas. Y ahora, la nueva moda es Chispas. ¡Un músico cósmico!

Manuel Rivas nació en A Coruña. Desde muy joven trabajó en prensa y sus reportajes y artículos están reunidos en *El periodismo es un cuento* (Alfaguara, 1997 y 2015), *Mujer en el baño* (Alfaguara, 2003) y *A cuerpo abierto* (Alfaguara, 2008). Una muestra de su poesía está recogida en la antología *El pueblo de la noche* (Alfaguara, 1997) y *La desaparición de la nieve* (Alfaguara, 2009).

Como narrador obtuvo, entre otros, el Premio de la Crítica española por *Un millón de vacas* (1990), el Premio de la Crítica en gallego por *En salvaje compañía* (Alfaguara, 1994), el Premio Nacional de Narrativa por *¿Qué me quieres, amor?* (Alfaguara, 1996), el Premio de la Crítica española por *El lápiz del carpintero* (Alfaguara, 1998) y el Premio Nacional de la Crítica en gallego por *Los libros arden mal* (Alfaguara, 2006), considerada como una de las grandes obras de la literatura gallega y elegida Libro del Año por los Libreros de Madrid.

En 2012, Alfaguara publicó sus cuentos reunidos bajo el título *Lo más extraño*. Sus últimos libros publicados son las novelas *Todo es silencio* (Alfaguara, 2010), finalista del Premio Dashiell Hammett de novela negra y llevada al cine en 2012 por José Luis Cuerda, y *El último día de Terranova* (Alfaguara, 2015); la narración autobiográfica *Las voces bajas* (Alfaguara, 2012); el libro de viaje a la India *Vicente Ferrer. Rumbo a las estrellas, con dificultades* (2013); el libro de poemas *A boca da terra* (2015, 2016 en edición bilingüe); *Contra todo esto. Un manifiesto rebelde* (Alfaguara, 2018) y el libro de relatos *Vivir sin permiso y otras historias de Oeste* (Alfaguara, 2018).

Penguin Random House Grupo Editorial

Título original: *O Chispas*

Edición en formato digital: octubre de 2021

© 2021, Manuel Rivas
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2021, Sonia García, por las ilustraciones

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Ilustración de portada: © Sonia García

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-5988-2

Composición digital: punktokomo.com

Facebook: @penguinkidsES
Twitter: @penguinkidsES
Instagram: @penguinkidsES

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Chispas
I. La Fuente del Habla
II. La aventura cósmica
Sobre este libro
Sobre Manuel Rivas
Créditos